

aproximación a la oración ignaciana

Antonio Luis Fenoll

Al acceder al tema de la oración ignaciana lo primero que puede sorprender es la serie de paradojas y aparentes contradicciones:

- Ignacio es maestro de oración reconocido universalmente en la Iglesia, pero entre sus muchos escritos no tiene ningún tratado sobre ella, los Ejercicios Espirituales no lo son; y entre sus numerosas cartas, aunque en muchas toca el tema, no hay nada parecido en esta materia a las famosas «Sobre la obediencia» a los PP. y HH. de Portugal¹, «Sobre la pobreza» a los PP y HH de Padua, «Sobre la perfección»² a los de Coimbra, o la menos conocida «Sobre la profecía» a San Francisco de Borja, de Julio de 1549³; todas ellas, aunque breves, auténticos trataditos sobre las materias indicadas.

- Ignacio dedica muchas horas de su vida a la oración, pero se opone a todos los intentos de algunos compañeros ilustres para alargar institucionalmente en la Compañía las horas de oración.

¹ *Monumenta Ignatiana, Epistulae*. IV, 669-681.

² *Monumenta Ignatiana, Epistulae* I, 495-510.

³ *Monumenta Ignatiana, Epistulae* XII, 632-654.

– Ignacio es orante convencido, pero al oír ponderar a uno porque era «hombre de mucha oración», responde tajante: «Querréis decir de mucha abnegación»; y afirmará que de cien personas de mucha oración, noventa son ilusas.

– Ignacio se nos descubre como místico de gran altura y calidad, pero ha sido acusado de mantener a las almas en una vía exclusivamente ascética; aunque para esta acusación quizá dieron más pie los jesuitas de las siguientes generaciones y ocasión el peligro de los alumbrados y el miedo a la Inquisición.

Para algunas de estas paradojas podríamos encontrar explicación en ciertos rasgos del carácter y temperamento de Ignacio: en su inteligencia más práctica que especulativa, o en su capacidad de observación psicológica...

Características de la mística ignaciana

Pero no acabaremos de resolver estas paradojas, sin tener en cuenta las peculiaridades de su experiencia mística. No voy a entrar en un análisis pormenorizado de ella, sino apuntar algunos rasgos que nos van a permitir acceder mejor al conocimiento de las características de la oración ignaciana.

El Padre de Guibert⁴, al trazar las líneas maestras de la mística ignaciana la describe como:

– Trinitaria: pero con iluminaciones enfocadas más a la distinción de las personas que a la esencia divina, y más a su actividad creadora y redentora que a su ontología.

– Mística eucarística y por tanto sacramental, no tanto en el sentido de iluminaciones sobre el misterio eucarístico cuanto iluminaciones durante su celebración o acción sacramental.

– Mística del servicio amoroso, más bien que de unión amorosa. Sin embargo, pienso respecto a esto que habría que decir mejor mística de unión por participación en el amoroso obrar redentor divino: concretado en la participación en la misión histórica del Hijo.

⁴ J. DE GUIBERT, *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*, Sal Terrae, Santander 1955, 24-35.

Para esa unión en la misión del Hijo, el camino es «en todo buscar, hallar y cumplir enteramente la divina voluntad».

Consecuentemente, el lugar primordial de encuentro y unión con Dios es su actividad salvadora: la actividad redentora y santificadora de Dios trascendente en la realidad mundana e histórica necesitada de salvación.

La oración ignaciana.

Es a partir de esta peculiar experiencia espiritual de Ignacio desde donde se puede entender su oración. Para Ignacio, la oración es medio siempre; nunca fin, ni mediato ni inmediato;

– medio privilegiado si queremos, no puramente instrumental, pero medio en definitiva, y no el único;

– y medio porque no es en ella inmediatamente donde se realizará el encuentro y unión con el Dios que actúa la salvación, sino que por ella nos disponemos para conocer y cumplir la voluntad divina;

– y es en esto donde se dará dicho encuentro y unión.

En resumen, podríamos afirmar:

1) Ignacio, desde su experiencia espiritual y mística, ha llegado a la convicción de que Dios quiere comunicarse al hombre y unirlo a sí dándole a conocer su voluntad salvadora específica personal; y el hombre puede conocer esta voluntad y abrirse libremente a la comunicación libre, amorosa y gratuita de Dios. La oración es medio para ese conocimiento interno, convivencial, del específico e individualizado designio divino.

2) La cumbre de la mística ignaciana, como la de toda mística, se sitúa en la unión íntima y amorosa con Dios, pero ésta no se da ante todo en el silencioso recogimiento de una oración retirada, sino en la acción iluminada en un mundo que está siendo recreado por Dios mediante su Espíritu en Cristo resucitado, el Kyrios, el Señor Jesús.

En consecuencia, la oración de Ignacio será siempre bipolar, es decir, simultáneamente apoyada en la luz que Dios mismo enciende en su interior, y

que él buscará incansablemente, y en la realidad histórico-mundana contemplada a esa luz.

Esta oración así estructurada le abre al más hondo ser sacramental del mundo y de la historia, le permite «hallar y amar a Dios en todas las cosas y a todas en Él»; hace de Ignacio y del que aprende a orar con él y como él «contemplativo en la acción», según la feliz fórmula del P. Nadal.

Al hecho de que la experiencia mística de Ignacio le descubra a Dios en el fondo de toda la realidad histórico-mundana, no anulándola o sustituyéndola, sino, desde su trascendencia, sustentándola y haciendo de ella sacramento, se deberá no sólo esa bipolaridad referida de su oración sino también la continua presencia de mediaciones para la intercomunicación divino-humana, y consecuentemente el constante recurso en la oración ignaciana a los «mediadores» o «intercesores», que tienen como función especial, según nos muestra De Guibert, el conducir a la Trinidad, granjear su benevolencia u obtener el perdón de las divinas personas. Estos mediadores serán los santos, la Santísima Virgen y la Humanidad de Cristo. La oración de Ignacio asciende gradualmente por ellos, desde la realidad mundana hasta la Trinidad trascendente. Es, pues, una oración que abre, conecta y pone en comunicación al orante con todo lo real, mundano o divino que sea, aunque no indiscriminadamente sino gradual y cualificadamente en una ordenación de medios y fin único. La hace también siempre una oración eclesial esencialmente.

Esa misma bipolaridad antes aludida es el fundamento de otra característica de la oración Ignaciana: su historicidad, y no ya en el sentido de lo que dice la anotación segunda⁵, sino porque parte de la historia y nos devuelve a ella; dicho de otra forma, es una oración situada y resituadora. Oración que se hace consciente y reflejamente desde la situación histórica del orante; el que ora es un hombre inmerso en una historia que Dios hace historia de salvación, y su esfuerzo de oración ha de consistir precisamente en releer esa historia universal y personal con los ojos de Dios para percibirla como tal historia de salvación: Contemplación de la Encarnación⁶, Llamamiento del Rey Eterno⁷, etc. Por otra parte, la asimilación contemplativa de la visión divina de la historia lleva al que haorado a resituarse en ella por la integración libre en el plan histórico salvífico

⁵ «La segunda es que la persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación o meditación...; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia...» (*Ejercicios Espirituales* 2).

⁶ *Ejercicios Espirituales* 101-109.

⁷ *Ejercicios Espirituales* 95 y ss.

de Dios. Pensemos en la invitación continua a «reflexionar sobre sí mismo» de Ignacio en las contemplaciones; y en cómo el «conocimiento interno», tanto de Jesús hecho hombre por mí (Segunda Semana)⁸ como de «tanto bien recibido» («Ad amorem»)⁹, es para amar y seguir o para amar y servir. «Seguir», «servir», verbos que nos están indicando unas actitudes a desarrollar en la historia, y que suponen un cambio en nuestra manera de situarnos en ella.

Oración en los Ejercicios

Aunque los Ejercicios no sean la fuente exclusiva para conocer la oración ignaciana, sí que son, sin duda, primordiales, puesto que reflejan su propia experiencia espiritual como Ignacio mismo refiere al P. Gonçalves de Cámara¹⁰.

Lo primero que puede llamarnos la atención es la variedad de modos o formas de orar que Ignacio propone. Parecería que, al menos en principio, Ignacio no excluye ningún método que ayude a orar; dice él en la anotación primera: «Todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones...»¹¹. ¡Qué lejos de aquella identificación del modo de la oración ignaciana con el método de las tres potencias!, el cual, por otra parte, sólo se propone en la primera semana de Ejercicios.

De hecho, sin embargo, los métodos de oración que quedan explícitamente presentados en el Libro de los Ejercicios, siendo variados, se reducen a los siguientes:

- Meditación de las tres potencias.
- Contemplación.
- Repetición.
- Resumen.
- Aplicación de sentidos.
- Primer modo de orar.
- Segundo modo de orar.
- Tercer modo de orar.
- Examen.

⁸ *Ejercicios Espirituales* 104.

⁹ *Ejercicios Espirituales* 233.

¹⁰ *Autobiografía* 99.

¹¹ *Ejercicios Espirituales* 1.

En total, nueve, aunque podríamos todavía añadir el del «Principio y Fundamento»¹² del que algunos autores dicen que es una contemplación intelectual, e incluso el de los «Tres maneras de Humildad», que son para «considerar y advertir (...) a ratos por todo el día»¹³.

Con todo derecho, pues, los Ejercicios pueden ser llamados escuela de oración. Sin embargo, se diferencian mucho de los cursos de oración al uso, de tanto éxito en años recientemente pasados.

A ellos se parecerían en la importancia que se da a la metodología: dar «forma y modo» de los Ejercicios más que contenidos doctrinales e ideológicos.

Pero en los Ejercicios se da una concatenación entre los diversos métodos. Concatenación que tiende a una simplificación de la oración, a una profundización cada vez mayor en el sentido que expresa Ignacio con formulaciones del tipo «conocimiento interno», «sentir y gustar de las cosas internamente», etc. Es decir, a una interiorización y sensibilización.

Además, y sobre todo, la oración de los Ejercicios está marcada por su encuadramiento funcional en la dinámica de ellos, que apunta a un fin concreto: «Preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud de su alma»¹⁴.

Diríamos, pues, que lo que determinará que la oración sea ignaciana no será tanto la forma, el método, cuanto la orientación o el fin que con ella se pretende. Y será tanto más ignaciana cuanto más adecuada en cada caso y circunstancia para alcanzar dicho fin. Nada pues de identificación entre oración ignaciana y métodos discursivos o intelectualistas, y nada que justifique la postura defendida en otros tiempos de que la oración afectiva y de quietud es menos conveniente en la espiritualidad ignaciana.

Otra característica de la oración ignaciana, tal y como aparece en los Ejercicios, es la de ser una oración que implica a todo el hombre: cuerpo y alma con sus potencias, materia y espíritu. Es el hombre completo con todas sus dimensiones anímicas y corporales el que ha sido «criado para alabar, hacer

¹² *Ejercicios Espirituales* 23.

¹³ *Ejercicios Espirituales* 164.

¹⁴ *Ejercicios Espirituales* 1.

reverencia y servir a Dios N.S.»; es el hombre contextualizado en la naturaleza y la historia, «todas las cosas son criadas para el hombre», el que puede «desear y elegir solamente lo que más conduce para el fin que somos criados»¹⁵. Y es con su realidad pluridimensional y en su contexto natural e histórico como puede buscar, hallar y cumplir la voluntad de su Criador y Señor.

Por tanto, en su oración, medio para ese «buscar, hallar y cumplir», debe poner en juego todas sus dimensiones y asumir ese contexto natural e histórico.

A que eso sea así se encaminan algunas de las anotaciones, adiciones y otras recomendaciones con las que Ignacio orienta el modo de orar, uso de la imaginación, postura corporal, penitencias corporales, comidas...¹⁶.

Por otra parte, la experiencia espiritual de Ignacio le ha hecho ver que el último reducto donde se juega la libre decisión del hombre ante Dios no está en su entendimiento, ni siquiera en su voluntad, sino en su deseo, en su afecto y sensibilidad; por ello, la oración ignaciana buscará tocar ese reducto más íntimo y visceral. Y tratará de que se pase desde una meditación discursiva o una contemplación imaginativa, más superficiales, más intelectuales y voluntaristas, hasta la aplicación de sentidos espirituales, más simple y honda, más afectiva y sensibilizadora. Por esto también dará tanta importancia a lo que él llama «devoción». La buscará incansablemente. Y será ella la que acabe confirmándole en lo que le parece ser la voluntad divina.

Así lo vemos tanto en los Ejercicios cuando explica los tiempos y modo de elección: «El primer tiempo es cuando Dios N.S., así mueve y atrae la voluntad, que, sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima *devota*...»¹⁷, como en su práctica reflejada en el *Diario Espiritual* cuando discernía cómo había de ser la pobreza de las Casas Profesas de la Compañía: «Después las veces que en el día me acordaba o me venía en memoria de Jesú, en cierto sentir o ver con el entendimiento en continua *devoción* y *confirmación*» (23 de Febrero de 1544)¹⁸, y también al día siguiente¹⁹.

¹⁵ *Ejercicios Espirituales* 23.

¹⁶ Cf., v.g., el primer y tercer punto del segundo ejercicio de la primera semana (*Ejercicios Espirituales* 56, 58); la tercera y cuarta adición del examen particular (*Ejercicios Espirituales* 29-30); el tercer punto del examen general (*Ejercicios Espirituales* 43; etc.).

¹⁷ *Ejercicios Espirituales* 175.

¹⁸ *Diario* 70.

¹⁹ *Diario* 73.

Devoción, sin embargo, que no se debe confundir con pura emotividad, aunque a veces venga acompañada de emociones; y mucho menos con sentimentalismo.

Examen (y discernimiento) como forma típicamente ignaciana de oración²⁰

Aunque hemos dicho que, en principio, cualquier forma o modo de orar puede ser asumido como modo ignaciano si va orientado al fin de «buscar, hallar y cumplir la voluntad divina», no es menos cierto que entre todos hay uno que, entendido como oración, es típica y peculiarmente ignaciano; me refiero al «examen».

Que el «examen de conciencia» ignaciano es considerado por el santo como oración no puede ser puesto en duda a mi juicio. En la primera anotación está puesto en primer lugar, seguido por una lista de formas de oración: «todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mentalmente...»²¹. Pero además, en las Constituciones, después de afirmar que durante la época de los estudios los Escolares de la Compañía no deban tener oraciones y meditaciones largas²², establece «tendrán una hora, en la qual dirán las horas de nuestra Señora, y examinarán sus conciencias dos veces al día, con algunas otras oraciones a devoción de cada uno hasta el cumplimiento de la hora que está dicha, si no fuese cumplida»²³. Esto no lo podremos entender si concebimos el examen como una simple autoobservación y evaluación moral de la conducta. Pero no es así: con el examen Ignacio pretende que el individuo se haga consciente de la presencia activa divina en la realidad de la propia vida²⁴. Y ello en orden a discernir la divina voluntad y alcanzar la gracia de cumplirla.

Es en el examen pues donde de manera paradigmática encontramos los dos polos que configuran la oración ignaciana: luz interior, dada por Dios: «Pedir gracia para conocer»²⁵; y realidad histórico-mundana que se contempla y analiza bajo esa luz: «Demandar cuenta al ánima, desde la hora en que se levantó hasta la hora presente de hora en hora, de tiempo en tiempo; y primero del

²⁰ *Ejercicios Espirituales* 43.

²¹ *Ejercicios Espirituales* 1.

²² *Constituciones* 340.

²³ *Constituciones* 342, y cf. también 344.

²⁴ *Ejercicios Espirituales* 43.

²⁵ *Ibid.*

pensamiento, y después de la palabra, y después de la obra...»²⁶. Con ello la realidad comienza a hacerse transparencia de Dios, de un Dios no estático y objeto de contemplación intelectual y distanciada, sino del Dios de quien dice Jesús: «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo» (Jn 5,17); del Dios que «trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la Tierra»²⁷; del Dios que se implica en la vida y la historia del mundo y el hombre, y nos invita a implicarnos y comprometernos en ellas.

El examen–discernimiento y toda oración verdaderamente ignaciana llevan, no al activismo eficazista, pero sí a la actividad eficaz, porque no es nuestra acción y nuestra eficacia lo que ponen en primer lugar, sino las de Dios, en las cuales somos integrados, asumidos y unidos a El. Resulta así que nuestra actividad, fruto iluminado de esa oración, es el lugar de la unión con Dios.

Y como la actividad de Dios en el mundo es la manifestación de su gloria inefable, nuestra actividad se orienta a su mayor gloria. Y como la gloria de Dios es que el hombre sea salvo y viva, nuestra actividad es servicio para la salvación de las ánimas.

De modo que el descubrimiento, a través de la oración y en el fondo de la realidad mundana, del Dios–Amor siempre activo para dar y dárseos en sus dones, nos reclama a darnos en la misma realidad mundana: «Tomad, Señor, y recibid...»²⁸. La contemplación del Amor, que siendo único Señor se hace servidor, nos dispone al servicio amoroso que nos confiere el señorío.

Y en este servicio amoroso se da la unión mística de Dios y el hombre, se realiza la antigua ambición humana: «Seréis como Dios» (Gn 3,5); se cumple la palabra del salmo: «Yo he dicho: Sois dioses» (Ps 82).

Antonio L. Fenoll

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ejercicios Espirituales* 236.

²⁸ *Ejercicios Espirituales* 234.